



Robert Louis Stevenson

# El Diablo de la Botella

**E** LEJANDRIA



Robert Louis Stevenson

# El Diablo de la Botella

**E** LEJANDRIA

# EL DIABLO DE LA BOTELLA

ROBERT LOUIS STEVENSON

1891

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

Hubo un hombre de la isla de Hawaii, al que llamaré Keawe; porque la verdad es que todavía vive, y su nombre debe mantenerse en secreto; pero el lugar de su nacimiento no estaba lejos de Honaunau, donde los huesos de Keawe el Grande yacen escondidos en una cueva. Este hombre era pobre, valiente y activo; sabía leer y escribir como un maestro de escuela; era además un marino de primera clase, navegó durante algún tiempo en los vapores de la isla y dirigió una ballenera en la costa de Hamakua. Al final, Keawe pensó en conocer el gran mundo y las ciudades extranjeras, y se embarcó en un buque con destino a San Francisco.

Ésta es una bonita ciudad, con un buen puerto, y con innumerables personas ricas; y en particular, hay una colina que está cubierta de palacios. En esta colina, Keawe paseaba un día con el bolsillo lleno de dinero, contemplando con placer las grandes casas a ambos lados. "¡Qué bonitas son estas casas!", pensaba, "¡y qué felices deben ser las personas que las habitan y no se preocupan por el día de mañana!". Este pensamiento estaba en su mente cuando llegó frente a una casa que era más pequeña que otras, pero toda terminada y embellecida como un juguete; los escalones de aquella casa brillaban como la plata, y los bordes del jardín florecían como guirnaldas, y las ventanas brillaban como diamantes; y Keawe se detuvo y se maravilló de la excelencia de todo lo que veía. Al detenerse, se dio cuenta de que un hombre lo miraba a través de una ventana tan clara que Keawe podía verlo como se ve a un pez en un estanque en el arrecife. El hombre era anciano, con la cabeza calva y la barba negra; su rostro estaba cargado de tristeza y suspiraba amargamente. Y la verdad es que, mientras Keawe miraba al hombre, y el hombre miraba a Keawe, cada uno envidiaba al otro.

De repente, el hombre sonrió y asintió, e hizo una señal a Keawe para que entrara, y se encontró con él en la puerta de la casa.

"Esta es una bonita casa", dijo el hombre, y suspiró amargamente. "¿No te gustaría ver los aposentos?".

Así que condujo a Keawe por toda ella, desde el sótano hasta el tejado, y no había nada que no fuera perfecto en su género, y Keawe se quedó asombrado.

"Verdaderamente", dijo Keawe, "esta es una casa hermosa; si yo viviera en una igual, me pasaría el día riendo. ¿Cómo es posible, entonces, que estés suspirando?"

"No hay ninguna razón", dijo el hombre, "para que no tengas una casa en todos los aspectos similar a ésta, y más fina, si lo deseas. Supongo que tienes algo de dinero".

"Tengo cincuenta dólares", dijo Keawe; "pero una casa como ésta costará más de cincuenta dólares".

El hombre hizo un cálculo. "Lamento que no tenga más", dijo, "porque puede causarle problemas en el futuro; pero será suya por cincuenta dólares".

"¿La casa?", preguntó Keawe.

"No, la casa no", respondió el hombre, "sino la botella. Porque, debo decirte, aunque te parezca tan rico y afortunado, toda mi fortuna, y esta casa misma y su jardín, salieron de una botella no mucho más grande que una pinta. Ésta es".

Y abrió un lugar de la cerradura, y sacó una botella de vientre redondo y cuello largo; el vidrio de la misma era blanco como la leche, con colores cambiantes del arco iris en el grano. En su interior se movía oscuramente algo, como una sombra y un fuego.

"Esta es la botella", dijo el hombre; y, cuando Keawe se rió, "¿no me crees?", añadió. "Prueba, entonces, por ti mismo. Mira si puedes romperla".

Así que Keawe cogió la botella y la estrelló contra el suelo hasta el cansancio; pero ésta saltó al suelo como una pelota de niño, y no se hizo daño.

"Esto es algo extraño", dijo Keawe. "Porque tanto por el tacto como por el aspecto, la botella debería ser de vidrio".

"De vidrio es", respondió el hombre, suspirando más fuerte que nunca; "pero su vidrio fue templado en las llamas del infierno. Un diablillo vive en él, y esa es la sombra que vemos moverse allí; o eso supongo. Si un hombre compra esta botella, el diablillo está a su disposición; todo lo que desee: amor, fama, dinero, casas como esta, ay, o una ciudad como esta, todo es suyo con sólo pronunciar una palabra. Napoleón tenía esta botella, y con ella llegó a ser el rey del mundo; pero la vendió al final, y cayó. El capitán Cook tenía esta botella, y gracias a ella llegó a tantas islas; pero él también la vendió, y fue asesinado en Hawai. Porque, una vez que se vende, el poder se va y la protección; y a menos que un hombre permanezca contento con lo que tiene, el mal le sucederá."

"¿Y aún así hablas de venderlo tú mismo?" dijo Keawe.

"Tengo todo lo que deseo, y estoy envejeciendo", respondió el hombre. "Hay una cosa que el diablillo no puede hacer: no puede prolongar la vida; y, no sería justo ocultártelo, hay un inconveniente en la botella; porque si un hombre muere antes de venderla, debe arder en el infierno para siempre".

"Desde luego, es un inconveniente y no un error", gritó Keawe. "Yo no me entrometería en el asunto. Puedo prescindir de una casa, gracias a Dios; pero hay una cosa que no podría hacer con una sola partícula, y es estar condenado."

"Querido, no debe usted salir corriendo con las cosas", devolvió el hombre. "Todo lo que tienes que hacer es usar el poder del diablillo con moderación, y luego venderlo a otra persona, como hago yo contigo, y terminar tu vida con comodidad".

"Bueno, observo dos cosas", dijo Keawe. "Todo el tiempo te mantienes suspirando como una doncella enamorada, esa es una; y, por la otra, vendes esta botella muy barata".

"Ya te he dicho por qué suspiro", dijo el hombre. "Es porque temo que mi salud se esté quebrando; y, como tú mismo has dicho, morir e irse al diablo es una pena para cualquiera. En cuanto a por qué vendo tan barato, debo explicarle que hay una peculiaridad en la botella. Hace mucho tiempo, cuando el diablo la trajo por primera vez a la tierra, era extremadamente cara, y se vendió en primer lugar al Preste Juan por muchos millones de dólares; pero no se puede vender en absoluto, a menos que se venda con pérdidas. Si la vendes por lo mismo que pagaste por ella, vuelve a ti como una paloma mensajera. De ahí que el precio haya seguido bajando en estos siglos, y que la botella sea ahora notablemente barata. Yo mismo la compré a uno de mis grandes vecinos de esta colina, y el precio que pagué fue de sólo noventa dólares. Podría venderla hasta por ochenta y nueve dólares y noventa y nueve centavos, pero ni un centavo más caro, o la cosa debe volver a mí. Ahora bien, sobre esto hay dos inconvenientes. Primero, cuando ofreces una botella tan singular por ochenta y pico de dólares, la gente supone que estás bromeando. Y segundo, pero no hay prisa en eso, y no necesito entrar en ello. Sólo recuerde que debe ser dinero acuñado por el que la vende".



"¿Cómo voy a saber que todo esto es cierto?", preguntó Keawe.

"Puedes probar algo de inmediato", respondió el hombre. "Dame tus cincuenta dólares, toma la botella y desea que tus cincuenta dólares vuelvan a tu bolsillo. Si eso no ocurre, le prometo por mi honor que romperé el trato y le devolveré su dinero".

"¿No me engaña?", dijo Keawe.

El hombre se obligó con un gran juramento.

"Bueno, me arriesgaré a eso", dijo Keawe, "porque eso no puede hacer daño". Y pagó su dinero al hombre, y éste le entregó la botella.

"Imp de la botella", dijo Keawe, "quiero que me devuelvan mis cincuenta dólares". Y, efectivamente, apenas hubo dicho la palabra, su bolsillo estaba tan cargado como siempre.

"Seguro que es una botella maravillosa", dijo Keawe.

"Y ahora, buenos días a usted, mi buen amigo, y que el diablo lo acompañe de mi parte", dijo el hombre.

"Espera", dijo Keawe, "no quiero más de esta diversión. Toma, devuelve tu botella".

"La has comprado por menos de lo que pagué por ella", respondió el hombre, frotándose las manos. "Ahora es tuya; y, por mi parte, sólo me interesa ver tu espalda". Y con esto llamó a su sirviente chino, e hizo que Keawe saliera de la casa.

Cuando Keawe estaba en la calle, con la botella bajo el brazo, se puso a pensar. "Si lo de la botella es cierto, puede que haya hecho un negocio perdido", pensó. "Pero quizás el hombre sólo me estaba engañando". Lo primero que hizo fue contar su dinero; la suma era exacta: cuarenta y nueve dólares americanos y una pieza de chile. "Eso parece la verdad", dijo Keawe. "Ahora probaré en otra parte".

Las calles de esa parte de la ciudad estaban tan limpias como las cubiertas de un barco, y aunque era mediodía, no había pasajeros. Keawe dejó la botella en la cuneta y se alejó. Dos veces miró hacia atrás, y allí estaba la botella lechosa y de vientre redondo donde la había dejado. Una tercera vez miró hacia atrás y dobló una esquina; pero apenas lo había hecho, algo golpeó su codo, y he aquí que el largo cuello sobresalía; y en cuanto a la panza redonda, estaba metida en el bolsillo de su abrigo de piloto.

"Y eso parece la verdad", dijo Keawe.

Lo siguiente que hizo fue comprar un sacacorchos en una tienda, y se apartó a un lugar secreto en el campo. Y allí trató de sacar el corcho, pero cada vez que metía el tornillo, volvía a salir, y el corcho tan entero como siempre.

"Es un corcho nuevo", dijo Keawe, y al mismo tiempo empezó a temblar y a sudar, pues tenía miedo de aquella botella.

De vuelta al puerto, vio una tienda donde un hombre vendía conchas y palos de las islas salvajes, viejas deidades paganas, monedas antiguas, cuadros de China y Japón, y todo tipo de cosas que los marineros traen en sus maletas. Y aquí se le ocurrió una idea. Así que entró y ofreció la botella por cien dólares. El hombre de la tienda se rió de él al principio, y le ofreció cinco; pero, en efecto, era una botella curiosa: jamás se había soplado un vidrio semejante en ninguna fábrica de vidrio humana, pues los colores se mostraban tan bellamente bajo el blanco lechoso, y la sombra se cernía tan extrañamente en el medio; así que, después de haber discutido un rato según la manera de su clase, el comerciante le dio a Keawe sesenta dólares de plata por el objeto, y lo puso en un estante en medio de su escaparate.

"Ahora", dijo Keawe, "he vendido por sesenta lo que compré por cincuenta; a decir verdad, un poco menos, porque uno de mis dólares era de Chile. Ahora sabré la verdad sobre otro punto".

Así que volvió a bordo de su barco, y, cuando abrió su cofre, allí estaba la botella, y había llegado más rápido que él. Keawe tenía un compañero a bordo que se llamaba Lopaka.

"¿Qué te aflige?", dijo Lopaka, "que miras en tu cofre".

Estaban solos en el castillo de proa del barco, y Keawe le obligó a guardar el secreto y se lo contó todo.

"Este es un asunto muy extraño", dijo Lopaka; "y me temo que tendrás problemas con esta botella. Pero hay un punto muy claro: que estás seguro de los problemas, y que es mejor que tengas la ganancia en el trato. Decidid lo que queréis hacer con ella; dad la orden, y si se hace como deseáis, yo mismo compraré la botella; porque tengo la idea de conseguir una goleta, e ir a comerciar por las islas."

"Esa no es mi idea", dijo Keawe; "sino tener una hermosa casa y un jardín en la costa de Kona, donde nací, con el sol brillando en la puerta, flores en el jardín, cristales en las ventanas, cuadros en las paredes, y juguetes y finas alfombras en las mesas, por todo el mundo como la casa en la que estuve hoy -sólo que un piso más

alto, y con balcones por todas partes como el palacio del rey-; y vivir allí sin preocupaciones y alegrarme con mis amigos y parientes."

"Bien", dijo Lopaka, "llevémoslo con nosotros a Hawai, y si todo se cumple, como supones, compraré la botella, como he dicho, y pediré una goleta".

Así lo acordaron, y no pasó mucho tiempo antes de que el barco regresara a Honolulu, llevando a Keawe y a Lopaka, y la botella. Apenas habían llegado a tierra cuando se encontraron con un amigo en la playa, que comenzó a condolevar a Keawe de inmediato.

"No sé por qué tengo que sentirme mal", dijo Keawe.

"¿Es posible que no te hayas enterado -dijo el amigo- de que tu tío -ese buen anciano- ha muerto, y tu primo -ese hermoso muchacho- se ha ahogado en el mar?".

Keawe se llenó de pena, y, empezando a llorar y a lamentarse, se olvidó de la botella. Pero Lopaka estaba pensando para sí mismo, y en seguida, cuando la pena de Keawe se calmó un poco, "he estado pensando", dijo Lopaka. "¿No tenía tu tío tierras en Hawai, en el distrito de Kau?".

"No", dijo Keawe, "no en Kau; están en la ladera de la montaña, un poco al sur de Hookena".

"¿Esas tierras serán ahora tuyas?", preguntó Lopaka.

"Y así será", dijo Keawe, y comenzó de nuevo a lamentarse por sus parientes.

"No", dijo Lopaka, "no te lamentes por ahora. Tengo una idea en la cabeza. ¿Qué tal si esto es lo que hace la botella? Porque aquí está el lugar preparado para su casa".

"Si esto es así", gritó Keawe, "es una manera muy mala de servirme matando a mis parientes. Pero puede ser, en efecto; porque fue justo en esa estación que vi la casa con el ojo de mi mente."

"La casa, sin embargo, aún no está construida", dijo Lopaka.

"¡No, ni me gustaría que lo estuviera!", dijo Keawe, "pues aunque mi tío tiene algo de café, ava y plátanos, no será más de lo que me permita estar cómodo; y el resto de esa tierra es lava negra".

"Vayamos al abogado", dijo Lopaka; "todavía tengo esta idea en la cabeza".

Cuando llegaron a casa del abogado, parecía que el tío de Keawe se había hecho monstruosamente rico en los últimos días, y que había un fondo de dinero.

"¡Y aquí está el dinero para la casa!", gritó Lopaka.

"Si estás pensando en una casa nueva", dijo el abogado, "aquí tienes la tarjeta de un nuevo arquitecto, del que me cuentan grandes cosas".

"¡Mejor y mejor!", gritó Lopaka. "Aquí está todo aclarado para nosotros. Sigamos obedeciendo órdenes".

Así que fueron a ver al arquitecto, que tenía dibujos de casas sobre su mesa.

"Queréis algo fuera del camino", dijo el arquitecto. "¿Qué te parece esto?" y le entregó un dibujo a Keawe.

Cuando Keawe puso los ojos en el dibujo, gritó en voz alta, porque era la imagen de su pensamiento exactamente dibujada.

"Estoy a favor de esta casa", pensó. "Por poco que me guste la forma en que se me presenta, estoy a favor de ella ahora, y bien puedo tomar lo bueno junto con lo malo".

Así que le dijo al arquitecto todo lo que deseaba, y cómo quería que se amueblara la casa, y sobre los cuadros en la pared y las chucherías en las mesas; y le preguntó claramente por cuánto se encargaría de todo el asunto.

El arquitecto formuló muchas preguntas, tomó su pluma e hizo un cálculo; y cuando hubo terminado nombró la misma suma que Keawe había heredado.

Lopaka y Keawe se miraron y asintieron.

"Está muy claro", pensó Keawe, "que voy a tener esta casa, sí o sí. Viene del diablo, y me temo que no me servirá de mucho; y de una cosa estoy seguro, no pediré más deseos mientras tenga esta botella. Pero con la casa estoy cargado, y bien puedo tomar lo bueno junto con lo malo".



Así pues, llegó a un acuerdo con el arquitecto, y firmaron un documento; y Keawe y Lopaka volvieron a tomar el barco y navegaron hacia Australia; pues se acordó entre ellos que no debían interferir en absoluto, sino dejar al arquitecto y al diablillo de la botella que construyeran y adornaran aquella casa a su antojo.

El viaje fue bueno, sólo que todo el tiempo Keawe estuvo conteniendo la respiración, pues había jurado que no pronunciaría más deseos ni aceptaría más favores del diablo. El tiempo se acabó cuando regresaron. El arquitecto les dijo que la casa estaba lista, y Keawe y Lopaka tomaron un pasaje en el Salón, y bajaron por el camino de Kona para ver la casa, y comprobar si todo se había hecho correctamente según el pensamiento que tenía Keawe.

Ahora, la casa se encontraba en la ladera de la montaña, visible para los barcos. Por encima, el bosque corría hacia las nubes de lluvia; por debajo, la lava negra caía en acantilados, donde yacían enterrados los reyes de antaño. Alrededor de aquella casa florecía un jardín con todos los matices de las flores; y había un huerto de papas por un lado y otro de frutos del árbol del pan por el otro, y justo en frente, hacia el mar, se había aparejado un mástil de barco que llevaba una bandera. En cuanto a la casa, tenía tres plantas, con grandes cámaras y amplios balcones en cada una de ellas. Las ventanas eran de cristal, tan excelentes que eran tan claras como el agua y tan brillantes como el día. Las habitaciones estaban adornadas con todo tipo de muebles. De las paredes colgaban cuadros con marcos dorados: cuadros de barcos, de hombres luchando, de las más bellas mujeres y de lugares singulares; en ningún lugar del mundo hay cuadros de colores tan brillantes como los que Keawe encontró colgados en su casa. En cuanto a las

chucherías, eran extraordinariamente finas; relojes de carillón y cajas de música, hombrecitos con cabezas que asienten, libros llenos de cuadros, armas de precio de todas las partes del mundo, y los más elegantes rompecabezas para entretener el ocio de un hombre solitario. Y como a nadie le interesaría vivir en tales aposentos, sino sólo pasear por ellos y contemplarlos, los balcones se hicieron tan amplios que toda una ciudad podría haber vivido en ellos con deleite; y Keawe no sabía qué preferir, si el porche trasero, donde se recibía la brisa de la tierra y se contemplaban los huertos y las flores, o el balcón delantero, donde se podía beber el viento del mar y mirar por la escarpada pared de la montaña y ver pasar el Hall una vez a la semana, más o menos, entre Kookena y las colinas de Pelé, o las goletas que surcaban la costa en busca de madera, ava y plátanos.

Cuando lo hubieron visto todo, Keawe y Lopaka se sentaron en el porche.

"Bueno", preguntó Lopaka, "¿es todo como lo habías diseñado?".

"No hay palabras para expresarlo", dijo Keawe. "Es mejor de lo que había soñado, y me siento muy satisfecho".

"Sólo hay que tener en cuenta una cosa", dijo Lopaka; "todo esto puede ser muy natural, y la botella no tiene nada que decir al respecto. Si yo comprara la botella y no obtuviera ninguna goleta, habría puesto la mano en el fuego por nada. Te he dado mi palabra, lo sé; pero aun así creo que no me negarías una prueba más".

"He jurado que no aceptaría más favores", dijo Keawe. "Ya he llegado bastante lejos".

"No es un favor en lo que estoy pensando", respondió Lopaka. "Es sólo para ver al propio diablillo. No hay nada que ganar con eso, y por lo tanto no hay nada de qué avergonzarse; y sin embargo, si lo viera una vez, estaría seguro de todo el asunto. Así que consiéntame hasta ahora, y déjame ver al diablillo; y, después de eso, aquí está el dinero en mi mano, y lo compraré".

"Sólo hay una cosa que temo", dijo Keawe. "El diablillo puede ser muy feo a la vista; y si una vez le pones los ojos encima, puede que no te guste nada la botella".

"Soy un hombre de palabra", dijo Lopaka. "Y aquí está el dinero entre nosotros".

"Muy bien", respondió Keawe. "Yo también tengo curiosidad. Así que venga, vamos a echarle un vistazo, señor diablillo".

En cuanto dijo eso, el diablillo salió de la botella y volvió a entrar, veloz como un lagarto; y allí estaban sentados Keawe y Lopaka convertidos en piedra. Se hizo de noche antes de que cualquiera de

los dos encontrara un pensamiento que decir o una voz con la que decirlo; y entonces Lopaka empujó el dinero y tomó la botella.

"Soy un hombre de palabra", dijo, "y tenía que serlo, o no tocaría esta botella con el pie. Bien, conseguiré mi goleta y un dólar o dos para mi bolsillo; y entonces me libraré de este demonio tan rápido como pueda. Porque, a decir verdad, su mirada me ha abatido".

"Lopaka", dijo Keawe, "no pienses en mí peor de lo que puedes evitar; sé que es de noche, y que los caminos están deteriorados, y que el paso junto a las tumbas es un mal lugar para pasar tan tarde, pero declaro que desde que he visto esa carita, no puedo comer ni dormir ni rezar hasta que desaparezca de mí. Te daré una linterna y un cesto para poner la botella, y cualquier cuadro o cosa bonita de toda mi casa que te apetezca; y vete enseguida a dormir a Hookena con Nahinu".

"Keawe", dijo Lopaka, "muchos hombres se tomarían esto a mal; sobre todo, cuando te estoy haciendo un favor tan amistoso, como cumplir mi palabra y comprar la botella; y además, la noche y la oscuridad, y el camino por las tumbas, deben ser diez veces más peligrosos para un hombre con semejante pecado sobre su conciencia, y semejante botella bajo el brazo. Pero, por mi parte, estoy tan sumamente aterrado que no tengo corazón para culparte. Aquí voy, pues; y ruego a Dios que seas feliz en tu casa, y yo afortunado con mi goleta, y que ambos lleguen al cielo al final a pesar del diablo y su botella."

Así que Lopaka bajó la montaña; y Keawe se quedó en su balcón delantero, y escuchó el tintineo de las herraduras del caballo, y observó cómo la linterna iba brillando por el sendero, y a lo largo del acantilado de cuevas donde están enterrados los viejos muertos; y todo el tiempo temblaba y apretaba las manos, y rezaba por su amigo, y daba gloria a Dios por haber escapado él mismo de aquel problema.

Pero el día siguiente llegó muy luminoso, y aquella nueva casa suya era tan agradable de contemplar que olvidó sus terrores. Un día siguió a otro, y Keawe vivía allí en perpetua alegría. Tenía su lugar en el porche trasero; allí comía y vivía, y leía las historias de los periódicos de Honolulu; pero cuando alguien pasaba por allí entraba a ver las cámaras y los cuadros. Y la fama de la casa se extendió por todas partes; la llamaban Ka-Hale Nui -la Gran Casa- en toda Kona; y a veces la Casa Brillante, porque Keawe tenía un chino, que estaba todo el día quitando el polvo y arreglando; y el cristal y el dorado, y las cosas finas, y los cuadros, se mostraban tan brillantes como la mañana. En cuanto al propio Keawe, no podía caminar por las habitaciones sin cantar, pues su corazón estaba muy ensanchado; y cuando los barcos pasaban por el mar, él ondeaba sus colores en el mástil.

Así pasó el tiempo, hasta que un día Keawe fue a visitar a algunos de sus amigos hasta Kailua. Allí fue bien agasajado; y partió tan pronto como pudo a la mañana siguiente, y cabalgó con ahínco, pues estaba impaciente por contemplar su hermosa casa; y, además, la noche que entonces se avecinaba era la noche en que los muertos de antaño se pasean por los lados de Kona; y habiéndose metido ya con el diablo, era el más receloso de encontrarse con los muertos. Un poco más allá de Honaunau, mirando a lo lejos, se dio cuenta de que una mujer se bañaba en la

orilla del mar; y parecía una muchacha bien crecida, pero no pensó más en ello. Luego vio que su camisa blanca se agitaba al ponérsela, y luego su holoku rojo; y para cuando llegó a su lado, ella había terminado su aseo, y había salido del mar, y estaba de pie junto al camino con su holoku rojo, y estaba toda fresca por el baño, y sus ojos brillaban y eran amables. Nada más verla, Keawe echó el freno.

"Creía que conocía a todo el mundo en este país", dijo. "¿Cómo es que no te conozco?"

"Soy Kokua, hija de Kiano", dijo la muchacha, "y acabo de regresar de Oahu. ¿Quién eres tú?"

"Te diré quién soy dentro de poco", dijo Keawe, bajando de su caballo, "pero no ahora. Porque tengo una idea en la cabeza, y si supieras quién soy, podrías haber oído hablar de mí, y no me darías una respuesta verdadera. Pero dime, antes que nada, una cosa: ¿estás casado?"

Al oír esto, Kokua se echó a reír en voz alta. "Eres tú quien hace preguntas", dijo ella. "¿Tú también estás casado?"

"Ciertamente, Kokua, no lo estoy", replicó Keawe, "y nunca pensé que lo estaría hasta esta hora. Pero ésta es la pura verdad. Te he encontrado aquí, al borde del camino, y he visto tus ojos, que son

como las estrellas, y mi corazón ha ido hacia ti tan rápido como un pájaro. Así que ahora, si no quieres nada de mí, dilo, y me iré a mi casa; pero si no me consideras peor que cualquier otro joven, dilo también, y me iré a casa de tu padre a pasar la noche, y mañana hablaré con el buen hombre".

Kokua no dijo ni una palabra, pero miró al mar y se rió.

"Kokua", dijo Keawe, "si no dices nada, lo tomaré como una buena respuesta; así que vayamos a la puerta de tu padre".

Ella se adelantó a él, todavía sin hablar; sólo a veces miraba hacia atrás y volvía a mirar hacia otro lado, y mantenía el cordón de su sombrero en la boca.

Cuando llegaron a la puerta, Kiano salió a la veranda y, gritando, dio la bienvenida a Keawe por su nombre. Al oír esto, la muchacha se asomó, pues la fama de la gran casa había llegado a sus oídos; y, sin duda, era una gran tentación. Toda aquella noche estuvieron muy alegres juntos; y la muchacha se mostró tan audaz como el bronce ante los ojos de sus padres, y se burló de Keawe, pues tenía un ingenio rápido. Al día siguiente habló con Kiano y encontró a la muchacha sola.

"Kokua", le dijo, "te has burlado de mí toda la noche; y aún es hora de que me digas que me vaya. No quise decirte quién era, porque

tengo una casa tan bonita, y temía que pensaras demasiado en esa casa y demasiado poco en el hombre que te ama. Ahora lo sabes todo, y si deseas haber visto lo último de mí, dilo de inmediato".

"No", dijo Kokua; pero esta vez no se rió, ni Keawe pidió más.

Este era el cortejo de Keawe; las cosas habían ido rápido; pero así va una flecha, y la bola de un rifle más rápido aún, y sin embargo ambas pueden dar en el blanco. Las cosas habían ido rápido, pero también habían ido lejos, y el pensamiento de Keawe resonaba en la cabeza de la doncella; oía su voz en la brecha del oleaje sobre la lava, y por aquel joven que sólo había visto dos veces habría dejado a su padre y a su madre y a sus islas natales. En cuanto al propio Keawe, su caballo subió volando por el sendero de la montaña bajo el acantilado de las tumbas, y el sonido de los cascos y el de Keawe cantando para sí mismo por placer resonaron en las cavernas de los muertos. Llegó a la Casa Brillante, y aún seguía cantando. Se sentó y comió en el amplio balcón, y el chino se maravilló de su amo, al oír cómo cantaba entre los bocados. El sol se hundió en el mar, y llegó la noche; y Keawe recorrió los balcones a la luz de las lámparas, en lo alto de las montañas, y la voz de su canto sobresaltó a los hombres en los barcos.

"Aquí estoy ahora en mi alto lugar", se dijo a sí mismo. "La vida no puede ser mejor; ésta es la cima de la montaña; y todo se encamina a mi alrededor hacia lo peor. Por primera vez iluminaré los aposentos, y me bañaré en mi fina bañera con el agua caliente y el frío, y dormiré solo en el lecho de mi cámara nupcial."



Así pues, el chino tenía palabra, y debía levantarse del sueño y encender los hornos; y mientras trabajaba abajo, junto a las calderas, oía a su amo cantar y regocijarse por encima de él en las cámaras iluminadas. Cuando el agua empezó a estar caliente, el chino gritó a su amo; y Keawe entró en el baño; y el chino le oyó cantar mientras llenaba la palangana de mármol; y le oyó cantar, y la firma rota, mientras se desnudaba; hasta que, de repente, la canción cesó. El chino escuchó y escuchó; llamó a Keawe a la casa para preguntarle si todo estaba bien, y Keawe le contestó "Sí", y lo maltrató para que se fuera a la cama; pero no hubo más cantos en la Casa Brillante; y durante toda la noche, el chino oyó los pies de su amo dar vueltas y vueltas por los balcones sin descanso.

La verdad es que, cuando Keawe se desnudó para bañarse, vio en su carne una mancha parecida a una mancha de líquenes en una roca, y fue entonces cuando dejó de cantar. Porque conoció la semejanza de esa mancha, y supo que había caído en el Mal Chino. [Ahora, es una cosa triste para cualquier hombre caer en esta enfermedad. Y sería una cosa triste para cualquiera dejar una casa tan hermosa y tan cómoda, y partir de todos sus amigos hacia la costa norte de Molokai, entre el poderoso acantilado y los rompeolas. Pero, ¿cuál era el caso del hombre Keawe, que había conocido a su amor apenas ayer, y la había conquistado apenas esa mañana, y ahora veía cómo todas sus esperanzas se rompían, en un momento, como un trozo de vidrio?

Se sentó un rato en el borde de la bañera; luego saltó, con un grito, y corrió fuera; y de un lado a otro, a lo largo del balcón, como alguien desesperado.

"Muy a gusto podría dejar Hawai, el hogar de mis padres", pensaba Keawe. "Muy a la ligera podría dejar mi casa, la alta, la de muchas ventanas, aquí en las montañas. Muy valientemente podría ir a Molokai, a Kalaupapa, junto a los acantilados, para vivir con los heridos y dormir allí, lejos de mis padres. Pero, ¿qué mal he hecho, qué pecado pesa sobre mi alma, para haber encontrado a Kokua viniendo fresco del agua del mar al atardecer? ¡Kokua, la que atrapa el alma! ¡Kokua, la luz de mi vida! Que nunca me case con ella, que no la mire más, que no la toque más con mi mano viva; y es por esto, es por ti, ¡oh Kokua! que derramo mis lamentos".

Ahora debes observar la clase de hombre que era Keawe, porque podría haber vivido allí en la Casa Brillante durante años, y nadie se enteraría de su enfermedad; pero él no consideraba nada de eso, si tenía que perder a Kokua. Además, podría haberse casado con Kokua tal como estaba; y así lo habrían hecho muchos, porque tienen alma de cerdos; pero Keawe amaba a la doncella con toda su alma, y no le haría ningún daño ni la pondría en peligro.

Un poco más allá de la mitad de la noche, le vino a la mente el recuerdo de aquella botella. Se dirigió al porche trasero y evocó en su memoria el día en que el demonio se había asomado; y al pensar en ello le corrió hielo por las venas.

"La botella es algo espantoso", pensó Keawe, "y espantoso es el diablillo, y es algo espantoso arriesgarse a las llamas del infierno. ¿Pero qué otra esperanza tengo de curar la enfermedad o de casar a Kokua? ¿Qué?", pensó, "¿me enfrentaría al diablo una vez, sólo

para conseguir una casa, y no volvería a enfrentarme a él para ganar a Kokua?".

Entonces se acordó de que era el día siguiente en que el Salón pasaba por allí en su regreso a Honolulu. "Allí debo ir primero", pensó, "y ver a Lopaka. Porque la mejor esperanza que tengo ahora es encontrar esa misma botella de la que tanto me alegré de librarme".

No pudo pegar ojo; la comida se le atascaba en la garganta; pero envió una carta a Kiano, y a la hora en que llegaría el vapor, cabalgó junto al acantilado de las tumbas. Llovía; su caballo iba pesadamente; miró las negras bocas de las cuevas, y envidió a los muertos que dormían allí y que habían acabado con los problemas; y recordó cómo había pasado al galope el día anterior, y se quedó asombrado. Entonces bajó a Hookena, y allí estaba todo el país reunido para el vapor, como de costumbre. En el cobertizo delante de la tienda se sentaron y bromearon y pasaron las noticias; pero en el pecho de Keawe no había materia para hablar, y se sentó en medio de ellos y miró fuera la lluvia que caía sobre las casas, y el oleaje que golpeaba entre las rocas, y los suspiros surgieron en su garganta.

"Keawe de la Casa Brillante está sin ánimo", dijo uno a otro. En efecto, así era, y no es de extrañar.

Entonces llegó el Salón, y la ballenera lo llevó a bordo. La parte posterior del barco estaba llena de Haoles [nota: blancos] que

habían ido a visitar el volcán, como es su costumbre; y el medio estaba lleno de Kanakas, y la parte delantera de toros salvajes de Hilo y caballos de Kau; pero Keawe se sentó aparte de todos en su dolor, y observó la casa de Kiano. Allí estaba sentada, baja en la orilla de las rocas negras y a la sombra de los cocoteros, y junto a la puerta había un holoku rojo, no más grande que una mosca, que iba de un lado a otro con el ajetreo de una mosca.

"¡Ah, reina de mi corazón!", gritó, "¡Arriesgaré mi querida alma para ganarte!".

Poco después cayó la oscuridad y los camarotes se iluminaron, y los haoles se sentaron a jugar a las cartas y a beber whisky, como es su costumbre; pero Keawe se paseó por la cubierta toda la noche; y durante todo el día siguiente, mientras navegaban a sotavento de Maui o de Molokai, seguía paseándose de un lado a otro como un animal salvaje en una casa de fieras.

Hacia el atardecer pasaron por Diamond Head y llegaron al muelle de Honolulu. Keawe salió entre la multitud y empezó a preguntar por Lopaka. Al parecer, se había convertido en el propietario de una goleta -nada mejor en las islas- y se había ido de aventura hasta Pola-Pola o Kahiki; así que no había que buscar ayuda en Lopaka. Keawe se acordó de un amigo suyo, un abogado de la ciudad (no debo decir su nombre), y preguntó por él. Le dijeron que se había enriquecido repentinamente y que tenía una bonita casa nueva en la orilla de Waikiki; esto hizo pensar a Keawe, que llamó a un coche y se dirigió a la casa del abogado.

La casa era completamente nueva, y los árboles del jardín no eran más grandes que bastones, y el abogado, cuando llegó, tenía el aire de un hombre muy satisfecho.

"¿En qué puedo servirle?", dijo el abogado.

"Usted es amigo de Lopaka", respondió Keawe, "y Lopaka me compró cierta mercancía que pensé que usted podría permitirme rastrear".

El rostro del abogado se ensombreció. "No pretendo malinterpretarle, señor Keawe -dijo-, aunque este es un asunto feo en el que hay que meterse. Tal vez esté seguro de que no sé nada, pero tengo una suposición, y si usted se presentara en un lugar determinado, creo que podría tener noticias".

Y dijo el nombre de un hombre, que, de nuevo, será mejor que no repita. Así fue durante días, y Keawe fue de uno a otro, encontrando en todas partes ropas y carruajes nuevos, y casas bonitas y nuevas, y hombres por todas partes muy contentos, aunque, sin duda, cuando les insinuaba su negocio se les nublaba la cara.

"No hay duda de que estoy sobre la pista", pensó Keawe. "Estas ropas y carruajes nuevos son todos regalos del pequeño diablillo, y estos rostros alegres son los rostros de los hombres que han

sacado su provecho y se han librado de la cosa maldita con seguridad. Cuando vea mejillas pálidas y oiga suspiros, sabré que estoy cerca de la botella".

Así sucedió al fin que le recomendaron a un haole de la calle Beritania. Cuando llegó a la puerta, alrededor de la hora de la cena, se encontraron las marcas habituales de la casa nueva, y el jardín joven, y la luz eléctrica que brillaba en las ventanas; pero cuando llegó el dueño, una sacudida de esperanza y miedo recorrió a Keawe; porque aquí había un hombre joven, blanco como un cadáver, y negro en los ojos, con el pelo desprendido de la cabeza, y una mirada tal como la que puede tener un hombre cuando está esperando la horca.

"Aquí está, sin duda", pensó Keawe, y así, con este hombre, no disimuló su encargo. "He venido a comprar la botella", dijo.

Al oír esta palabra, el joven haole de la calle Beritania se revolvió contra la pared.

"¡La botella!", jadeó. "¡A comprar la botella!" Entonces pareció atragantarse, y agarrando a Keawe por el brazo lo llevó a una habitación y le sirvió vino en dos copas.

"Aquí están mis respetos", dijo Keawe, que había andado mucho con los haoles en su época. "Sí", añadió, "he venido a comprar la

botella. ¿Cuál es el precio por ahora?"

Al pronunciar estas palabras, el joven dejó escapar su vaso y miró a Keawe como un fantasma.

"El precio", dijo; "¡el precio! ¿No sabes el precio?"

"Es por eso por lo que te pregunto", respondió Keawe. "Pero, ¿por qué estás tan preocupado? ¿Hay algún problema con el precio?"

"Ha bajado mucho su valor desde su época, señor Keawe", dijo el joven, tartamudeando.

"Bueno, bueno, tendré que pagar menos por él", dijo Keawe.  
"¿Cuánto le costó?"

El joven estaba tan blanco como una sábana. "Dos centavos", dijo.

"¿Qué?", gritó Keawe, "¿dos centavos? Pues entonces, sólo puedes venderlo por uno. Y el que la compre..." Las palabras murieron en la lengua de Keawe; el que la comprara nunca podría volver a venderla, la botella y el diablillo de la botella debían

permanecer con él hasta que muriera, y cuando muriera debían llevarlo al extremo rojo del infierno.

El joven de la calle Beritania cayó de rodillas. "¡Por el amor de Dios, cómpralo!", gritó. "Puedes tener toda mi fortuna en el trato. Estaba loco cuando lo compré a ese precio. Había malversado dinero en mi tienda; estaba perdido más bien; debía ir a la cárcel".

"Pobre criatura", dijo Keawe, "arriesgarías tu alma en una aventura tan desesperada, y para evitar el debido castigo de tu propia desgracia; y crees que yo podría dudar con el amor por delante. Dame la botella y el cambio, que seguro que tienes preparado. Aquí tienes una pieza de cinco centavos".

Fue como Keawe suponía; el joven tenía el cambio preparado en un cajón; la botella cambió de manos, y los dedos de Keawe no tardaron en asir el tallo para expresar su deseo de ser un hombre limpio. Y, efectivamente, cuando llegó a su habitación y se desnudó ante un vaso, su carne estaba entera como la de un niño. Y esto es lo más extraño: apenas vio este milagro, su mente cambió dentro de él, y no se preocupó por el Mal Chino, y muy poco por Kokua; y sólo tuvo un pensamiento, que aquí estaba atado al diablillo de la botella para el tiempo y para la eternidad, y no tenía mejor esperanza que ser una ceniza para siempre en las llamas del infierno. A lo lejos, delante de él, las vio arder con los ojos de su mente, y su alma se encogió, y la oscuridad cayó sobre la luz.



Cuando Keawe volvió en sí un poco, se dio cuenta de que era la noche en que la banda tocaba en el hotel. Allí fue, porque temía estar solo; y allí, entre rostros felices, caminó de un lado a otro, y oyó las melodías subir y bajar, y vio a Berger batir el compás, y todo el tiempo oyó el crepitar de las llamas, y vio el fuego rojo que ardía en el pozo sin fondo. De repente, la banda tocó Hiki-ao-ao; esa era una canción que había cantado con Kokua, y al oírla le volvió el valor.

"Ya está hecho", pensó, "y una vez más déjame llevar el bien junto con el mal".

Así fue que regresó a Hawaii en el primer barco de vapor, y tan pronto como pudo arreglárselas se casó con Kokua, y la llevó por la ladera de la montaña hasta la Casa Brillante.

Cuando estaban juntos, el corazón de Keawe se calmaba, pero tan pronto como se quedaba solo, caía en un horror inquietante, y oía el crepitar de las llamas, y veía el fuego rojo arder en el pozo sin fondo. La muchacha, en efecto, se había acercado a él por completo; su corazón saltó en su costado al verlo, su mano se aferró a la de él; y estaba tan modelada desde el pelo de la cabeza hasta las uñas de los pies que nadie podía verla sin alegría. Era de naturaleza agradable. Siempre tenía una buena palabra. Estaba llena de canciones, e iba de un lado a otro de la Casa Brillante, lo más brillante de sus tres pisos, cantando como los pájaros. Y Keawe la contemplaba y la oía con deleite, y luego debía encogerse de hombros, y llorar y gemir al pensar en el precio que había pagado por ella; y luego debía secarse los ojos, y lavarse la cara, e

ir a sentarse con ella en los amplios balcones uniéndose a sus canciones, y, con un espíritu enfermo, respondiendo a sus sonrisas.

Llegó un día en que sus pies empezaron a ser pesados y sus canciones más raras; y ahora no era sólo Keawe quien lloraba aparte, sino que cada uno se separaba del otro y se sentaba en balcones opuestos con toda la anchura de la Casa Brillante entre ellos. Keawe estaba tan sumido en su desesperación que apenas observó el cambio, y sólo se alegró de tener más horas para sentarse a solas y meditar sobre su destino y de no estar tan frecuentemente condenado a poner una cara sonriente sobre un corazón enfermo. Pero un día, al pasar suavemente por la casa, oyó el sonido de un niño sollozando, y allí estaba Kokua rodando su cara sobre el suelo del balcón, y llorando como los perdidos.

"Haces bien en llorar en esta casa, Kokua", le dijo. "Y, sin embargo, daría la cabeza de mi cuerpo para que (al menos) hubieras sido feliz".

"¡Feliz!", gritó ella. "Keawe, cuando vivías solo en tu Casa Brillante, eras la palabra de la isla para un hombre feliz; la risa y la canción estaban en tu boca, y tu rostro era tan brillante como el amanecer. Luego te casaste con Kokua; y el buen Dios sabe lo que le pasa, pero desde aquel día no has sonreído. ¡Ah!", exclamó, "¿qué me pasa? Creía que era bonita, y sabía que lo amaba. ¿Qué me aflige para que arroje esta nube sobre mi marido?"

"Pobre Kokua", dijo Keawe. Se sentó a su lado y trató de cogerle la mano, pero ella se la quitó. "Pobre Kokua", dijo de nuevo. "Mi pobre niña... mi preciosa. Y todo este tiempo pensé que te había salvado. Bueno, ya lo sabrás todo. Entonces, por lo menos, te compadecerás del pobre Keawe; entonces comprenderás cuánto te amó en el pasado -que se atrevió al infierno por tu posesión- y cuánto te ama todavía (el pobre condenado), que aún puede evocar una sonrisa cuando te contempla".

Con eso, le contó todo, incluso desde el principio.

"¿Has hecho esto por mí?", gritó ella. "¡Ah, bueno, entonces qué me importa!", y se abrazó a él y lloró.

"¡Ah, niña!" dijo Keawe, "y sin embargo, cuando pienso en el fuego del infierno, me importa mucho".

"No me lo digas", dijo ella; "ningún hombre puede perderse por haber amado a Kokua, ni por ninguna otra culpa. Te digo, Keawe, que te salvaré con estas manos, o pereceré en tu compañía. ¿Qué? Me has amado y has dado tu alma, ¿y crees que no moriré para salvarte a cambio?"

"¡Ah, querida! Podrías morir cien veces, ¿y qué diferencia haría eso?", gritó él, "salvo dejarme sola hasta que llegue el momento de mi condenación".

"Tú no sabes nada", dijo ella. "Fui educada en una escuela de Honolulu; no soy una chica común. Y te digo que salvaré a mi amante. ¿Qué es eso que dices de un centavo? Pero todo el mundo no es americano. En Inglaterra tienen una pieza que llaman farthing, que es aproximadamente medio centavo. Ah, qué pena -exclamó ella-, eso apenas lo mejora, porque el comprador debe estar perdido, y no encontraremos a nadie tan valiente como mi Keawe. Pero, además, está Francia; allí tienen una pequeña moneda a la que llaman céntimo, y estas van a cinco por céntimo o más o menos. No podríamos hacerlo mejor. Vamos, Keawe, vayamos a las islas francesas; vayamos a Tahití, tan rápido como los barcos puedan llevarnos. Allí tenemos cuatro céntimos, tres céntimos, dos céntimos un céntimo; cuatro posibles ventas para ir y venir; y dos de nosotros para empujar el negocio. Vamos, mi Keawe, bésame y destierra las preocupaciones. Kokua te defenderá".

"¡Regalo de Dios!", gritó. "¡No puedo pensar que Dios me castigue por desear algo tan bueno! Sea como sea, entonces; llévame a donde te plazca: Pongo mi vida y mi salvación en tus manos".

Al día siguiente, temprano, Kokua se ocupó de sus preparativos. Tomó el cofre de Keawe que iba con la marinería; y primero puso la botella en un rincón; y luego lo empacó con la más rica de las ropas y la más valiosa de las chucherías de la casa. "Porque", dijo ella, "debemos parecer gente rica, o ¿quién va a creer en la botella?". Todo el tiempo que duró su preparación estuvo tan alegre como un pájaro; sólo cuando miraba a Keawe, las lágrimas brotaban de sus ojos, y debía correr a besarlo. En cuanto a Keawe, se había quitado un peso de encima; ahora que había compartido su secreto y tenía

alguna esperanza por delante, parecía un hombre nuevo, sus pies iban ligeros sobre la tierra y su aliento era bueno de nuevo. Sin embargo, el terror seguía en su codo; y una y otra vez, como el viento apaga una vela, la esperanza moría en él, y veía las llamas agitarse y el fuego rojo arder en el infierno.

En el país se dio el gusto de ir a los Estados, lo que se consideró una cosa extraña, y sin embargo no tan extraña como la verdad, si alguien hubiera podido adivinarla. Así que fueron a Honolulu en el Hall, y de allí en el Umatilla a San Francisco con una multitud de haoles, y en San Francisco tomaron su pasaje en el bergantín correo, el Pájaro Trópico para Papeete, el lugar principal de los franceses en las islas del sur. Allí llegaron, después de un agradable viaje, en un buen día de viento alisio, y vieron el arrecife con el oleaje rompiendo, y Motuiti con sus palmeras, y la goleta cabalgando por dentro, y las casas blancas de la ciudad bajas a lo largo de la orilla entre árboles verdes, y por encima las montañas y las nubes de Tahití, la isla sabia.

Se juzgó que lo más prudente era alquilar una casa, lo que hicieron en consecuencia, frente a la del Cónsul Británico, para hacer un gran desfile de dinero, y ellos mismos llamar la atención con carruajes y caballos. Esto era muy fácil de hacer, siempre y cuando tuvieran la botella en su poder; porque Kokua era más audaz que Keawe, y siempre que tenía ganas, pedía al diablillo veinte o cien dólares. A este ritmo, pronto se hicieron notar en la ciudad; y los forasteros de Hawai, su forma de montar y conducir, los finos holokus y los ricos encajes de Kokua, se convirtieron en objeto de muchas conversaciones.

Después de la primera vez, se entendieron muy bien con el idioma tahitiano, que es realmente parecido al hawaiano, con un cambio de ciertas letras; y tan pronto como tuvieron alguna libertad de expresión, comenzaron a empujar la botella. Hay que tener en cuenta que no era un tema fácil de introducir; no era fácil persuadir a la gente de que se hablaba en serio, cuando se ofrecía venderles por cuatro céntimos el manantial de la salud y las riquezas inagotables. Era necesario, además, explicar los peligros de la botella; y, o bien la gente no creía en todo el asunto y se reía, o bien pensaba más en la parte más oscura, se nublaba de gravedad y se alejaba de Keawe y Kokua, como de las personas que tenían tratos con el diablo. Lejos de ganar terreno, estos dos empezaron a ver que eran evitados en la ciudad; los niños huían de ellos gritando, cosa intolerable para Kokua; los católicos se persignaban al pasar; y todas las personas empezaron de común acuerdo a desentenderse de sus avances.

La depresión se apoderó de sus espíritus. Se sentaban por la noche en su nueva casa, después de un día de cansancio, y no intercambiaban ni una palabra, o el silencio era roto por Kokua que estallaba repentinamente en sollozos. A veces rezaban juntos; otras veces ponían la botella en el suelo y se sentaban toda la noche a observar cómo la sombra se cernía en medio. En esos momentos temían ir a descansar. Pasaba mucho tiempo antes de que les llegara el sueño, y si alguno de los dos se quedaba dormido, era para despertarse y encontrar al otro llorando silenciosamente en la oscuridad, o tal vez, para despertarse solo, ya que el otro había huido de la casa y de la vecindad de la botella, para pasearse bajo los plátanos del pequeño jardín, o para vagar por la playa a la luz de la luna.

Una noche fue así cuando Kokua se despertó. Keawe no estaba. Se palpó en la cama y su lugar estaba frío. Entonces el miedo se apoderó de ella y se sentó en la cama. Un poco de luz de luna se filtraba a través de los postigos. La habitación estaba iluminada y pudo ver la botella en el suelo. Afuera soplaba fuerte, los grandes árboles de la avenida gritaban y las hojas caídas traqueteaban en la veranda. En medio de todo esto, Kokua se percató de otro sonido; no podía saber si era de una bestia o de un hombre, pero era tan triste como la muerte y le llegaba al alma. Se levantó suavemente, dejó la puerta entreabierta y miró hacia el patio iluminado por la luna. Allí, bajo los plátanos, yacía Keawe, con la boca en el polvo, y mientras yacía gemía.

El primer pensamiento de Kokua fue correr a consolarlo; el segundo la retuvo con fuerza. Keawe se había comportado ante su esposa como un hombre valiente; no le convenía entrometerse en su vergüenza en esta hora de debilidad. Con este pensamiento, volvió a entrar en la casa.

"¡Cielos!", pensó, "¡qué descuidada he sido... qué débil! Es él, y no yo, quien se encuentra en este eterno peligro; fue él, y no yo, quien tomó la maldición sobre su alma. Es por mí, y por el amor a una criatura de tan poco valor y tan pobre ayuda, que ahora contempla tan cerca de él las llamas del infierno--ay, y huele el humo de él, que yace fuera de allí en el viento y la luz de la luna. ¿Soy tan torpe de espíritu que nunca hasta ahora he adivinado mi deber, o lo he visto antes y me he desviado? Pero ahora, al menos, tomo sobre mi alma las dos manos de mi afecto; ahora me despido de los blancos escalones del cielo y de los rostros expectantes de mis amigos. Un amor por un amor, ¡y que el mío se iguale al de Keawe! Un alma por un alma, y que la mía perezca".

Era una mujer hábil con sus manos, y pronto se vistió. Tomó en sus manos el cambio, los preciosos centavos que tenían siempre a su lado, ya que esta moneda se usa poco, y habían hecho una provisión en una oficina del Gobierno. Cuando se encontraba en la avenida, el viento trajo nubes y la luna se oscureció. La ciudad dormía, y ella no sabía hacia dónde dirigirse, hasta que oyó a alguien toser a la sombra de los árboles.

"Viejo", dijo Kokua, "¿qué haces aquí en el exterior en la fría noche?"

El anciano apenas podía expresarse por la tos, pero ella dedujo que era viejo y pobre, y un extraño en la isla.

"¿Me harás un servicio?", dijo Kokua. "Como un extraño a otro, y como un anciano a una joven, ¿ayudarás a una hija de Hawaii?"

"Ah", dijo el anciano. "Así que tú eres la bruja de las ocho islas, y hasta mi vieja alma pretendes enredar. Pero he oído hablar de ti, y desafío tu maldad".

"Siéntate aquí", dijo Kokua, "y déjame contarte un cuento". Y le contó la historia de Keawe desde el principio hasta el final.



"Y ahora", dijo ella, "soy su esposa, a quien él compró con el bienestar de su alma. ¿Y qué debo hacer? Si yo misma fuera a él y le ofreciera comprarla, se negaría. Pero si vas, lo venderá con ganas; yo te esperaré aquí; tú lo comprarás por cuatro céntimos, y yo lo volveré a comprar por tres. Y que el Señor fortalezca a la pobre muchacha".

"Si tu intención fuera falsa", dijo el anciano, "creo que Dios te fulminaría".

"¡Lo haría!", gritó Kokua. "Seguro que lo haría. No podría ser tan traicionero... Dios no lo permitiría".

"Dame los cuatro céntimos y espérame aquí", dijo el anciano.

Ahora, cuando Kokua se quedó sola en la calle, su espíritu murió. El viento rugía entre los árboles, y le parecía el correr de las llamas del infierno; las sombras se agitaban a la luz de la farola, y le parecían las manos arrebatadoras de los malvados. Si hubiera tenido fuerzas, habría huido, y si hubiera tenido aliento habría gritado en voz alta; pero, en realidad, no pudo hacer ninguna de las dos cosas, y se quedó temblando en la avenida, como una niña asustada.

Entonces vio que el anciano volvía, y que tenía la botella en la mano.

"He cumplido con tus deseos", dijo él. "Dejé a tu marido llorando como un niño; esta noche dormiré tranquilo". Y le tendió la botella.

"Antes de dármela", jadeó Kokua, "toma lo bueno con lo malo: pide que te liberen de la tos".

"Soy un hombre viejo", respondió el otro, "y estoy demasiado cerca de la puerta de la tumba para aceptar un favor del diablo. Pero, ¿qué es esto? ¿Por qué no tomas la botella? ¿Dudas?"

"¡No vacilo!", gritó Kokua. "Sólo soy débil. Dame un momento. Es que mi mano se resiste, mi carne se encoge ante la cosa maldita. Sólo un momento".

El anciano miró a Kokua con amabilidad. "¡Pobre niña!", dijo, "tienes miedo; tu alma te engaña. Bueno, deja que me quede con ella. Soy viejo y nunca más podré ser feliz en este mundo, y en cuanto al otro..."

"¡Dame!", jadeó Kokua. "Ahí está tu dinero. ¿Crees que soy tan vil? Dame la botella".

"Dios te bendiga, niña", dijo el anciano.

Kokua ocultó la botella bajo su holoku, se despidió del anciano y se alejó por la avenida, sin importarle hacia dónde. Porque todos los caminos no eran iguales para ella, y llevaban igualmente al infierno. A veces caminaba, a veces corría; a veces gritaba en la noche, y a veces se quedaba en el polvo del camino y lloraba. Todo lo que había oído sobre el infierno volvió a ella; vio las llamas arder, y olió el humo, y su carne se marchitó sobre las brasas.

Cerca del día volvió a su mente, y regresó a la casa. Era tal como dijo el anciano: Keawe dormía como un niño. Kokua se puso de pie y contempló su rostro.

"Ahora, esposo mío", dijo ella, "te toca dormir. Cuando te despiertes te tocará cantar y reír. Pero para el pobre Kokua, ¡ay! eso no significa ningún mal; para el pobre Kokua no habrá más sueño, ni más cantos, ni más placer, ni en la tierra ni en el cielo".

Con esto, se acostó en la cama a su lado, y su miseria era tan extrema que cayó en un profundo sueño al instante.

A última hora de la mañana su marido la despertó y le dio la buena noticia. Parecía que era tonto de contento, porque no prestó atención a su angustia, aunque ella la disimulaba. Las palabras se le atascaron en la boca, no importaba; Keawe fue quien habló. Ella no comió ni un bocado, pero ¿quién iba a observarlo? porque Keawe limpió el plato. Kokua lo veía y lo oía, como algo extraño en un sueño; había momentos en que se olvidaba o dudaba, y se llevaba las manos a la frente; saberse condenada y oír a su marido balbucear, le parecía tan monstruoso.

Todo el tiempo Keawe comía y hablaba, y planeaba el momento de su regreso, y le daba las gracias por haberlo salvado, y la acariciaba, y la llamaba la verdadera ayuda er después de todo. Se rió del viejo que había sido tan tonto como para comprar aquella botella.

"Parecía un anciano digno", dijo Keawe. "Pero nadie puede juzgar por las apariencias. Porque, ¿por qué el viejo réprobo requería la botella?".

"Mi marido", dijo Kokua, humildemente, "su propósito puede haber sido bueno".

Keawe se rió como un hombre enfadado.

"¡Fiddle-de-dee!", gritó Keawe. "Un viejo bribón, te digo; y además un viejo asno. Porque la botella era bastante difícil de vender a cuatro céntimos; y a tres será totalmente imposible. El margen no es lo suficientemente amplio, la cosa empieza a oler a chamusquina... ¡brrr!", dijo, y se estremeció. "Es cierto que yo mismo lo compré a un céntimo, cuando no sabía que había monedas más pequeñas. Fui un tonto por mis penas; nunca se encontrará otra: y quien tenga ahora esa botella la llevará a la fosa."

"¡Oh, esposo mío!", dijo Kokua. "¿No es una cosa terrible salvarse por la ruina eterna de otro? Me parece que no podría reír. Me sentiría humillado. Me llenaría de melancolía. Rezaría por el pobre poseedor".

Entonces Keawe, por sentir la verdad de lo que ella decía, se enfureció aún más. "¡Alto!", gritó. "Puedes llenarte de melancolía si quieres. No es la mente de una buena esposa. Si pensaras en mí, te sentirías avergonzada".

Entonces salió, y Kokua se quedó sola.

¿Qué posibilidades tenía de vender esa botella a dos céntimos? Ninguna, percibió. Y si tenía alguna, ahí estaba su marido llevándola a toda prisa a un país donde no había nada más barato que un céntimo. Y aquí, al día siguiente de su sacrificio, su marido la dejaba y la culpaba.

Ni siquiera trató de aprovechar el tiempo que tenía, sino que se sentó en la casa, y ahora sacaba la botella y la miraba con indecible temor, y ahora, con repugnancia, la escondía fuera de la vista.

Al cabo de un rato, Keawe regresó y le pidió que diera un paseo en coche.

"Mi marido, estoy enferma", dijo ella. "Estoy mal del corazón. Discúlpame, no puedo disfrutar".

Entonces Keawe se enfadó más que nunca. Con ella, porque pensaba que estaba dándole vueltas al caso del viejo; y con él mismo, porque pensaba que ella tenía razón, y se avergonzaba de ser tan feliz.

"¡Esta es tu verdad," gritó él, "y este tu afecto! Tu marido acaba de salvarse de la ruina eterna, a la que se enfrentó por tu amor, ¡y tú no te alegras! Kokua, tienes un corazón desleal".

Salió de nuevo furioso, y vagó por la ciudad todo el día. Se encontró con amigos, y bebió con ellos; alquilaron un carruaje y se fueron al campo, y allí volvieron a beber. Todo el tiempo, Keawe se sintió mal, porque tomaba este pasatiempo mientras su esposa estaba triste, y porque sabía en su corazón que ella tenía más razón que él; y el conocimiento le hizo beber más profundamente.

Ahora había un viejo y brutal Haole bebiendo con él, uno que había sido contramaestre de un ballenero, un fugitivo, un excavador en las minas de oro, un convicto en las prisiones. Tenía una mente baja y una boca sucia; le encantaba beber y ver a otros borrachos; y apretó el vaso contra Keawe. Pronto se acabó el dinero en la empresa.

"¡Aquí, tú!", dijo el contramaestre, "eres rico, siempre has estado diciendo. Tienes una botella o alguna tontería".

"Sí", dice Keawe, "soy rico; volveré a coger algo de dinero de mi mujer, que lo guarda".

"Esa es una mala idea, amigo", dijo el contramaestre. "Nunca confíes en una enagua con dólares. Son todos tan falsos como el agua; vigílala".

Esta palabra impactó en la mente de Keawe, pues estaba confundido por lo que había bebido.

"No me extrañaría que fuera falsa, en efecto", pensó. "¿Por qué si no iba a estar tan abatida por mi liberación? Pero le demostraré que no soy un hombre que se deje engañar, la atraparé en el acto".

En consecuencia, cuando volvieron al pueblo, Keawe le dijo al contramaestre que lo esperara en la esquina, junto al viejo calabozo, y avanzó solo por la avenida hasta la puerta de su casa. La noche había llegado de nuevo; había una luz en el interior, pero no se oía nada; y Keawe se arrastró hasta la esquina, abrió suavemente la puerta trasera y miró dentro.

Allí estaba Kokua en el suelo, con la lámpara a su lado; ante ella había una botella blanca como la leche, con una barriga redonda y un cuello largo; y mientras la miraba, Kokua se equivocó de manos.

Keawe permaneció mucho tiempo de pie mirando la puerta. Al principio se quedó estupefacto; y luego le sobrevino el temor de que el trato se hubiera hecho mal, y la botella hubiera vuelto a él tal como llegó a San Francisco; y en ese momento se le aflojaron las rodillas, y los vapores del vino se alejaron de su cabeza como las nieblas de un río por la mañana. Y entonces tuvo otro pensamiento, extraño, que le hizo arder las mejillas.

"Debo asegurarme de esto", pensó.

Así que cerró la puerta y volvió a doblar suavemente la esquina, y entró ruidosamente, como si acabara de regresar. Cuando abrió la puerta principal, ya no se veía ninguna botella, y Kokua se sentó en una silla y se levantó como quien se despierta del sueño.



"He estado bebiendo todo el día y divirtiéndome", dijo Keawe. "He estado con buenos compañeros, y ahora sólo vengo por dinero, y vuelvo a beber y a divertirme con ellos de nuevo".

Tanto su rostro como su voz eran tan severos como el juicio, pero Kokua estaba demasiado preocupado para observarlo.

"Haces bien en usar los tuyos, esposo mío", dijo ella, y sus palabras temblaron.

"Oh, hago bien en todo", dijo Keawe, y fue directamente al cofre y sacó dinero. Pero miró además en el rincón donde guardaban la botella, y allí no había ninguna.

En ese momento, el cofre se agitó en el suelo como una ola de mar, y la casa se extendió a su alrededor como una corona de humo, pues vio que ahora estaba perdido y que no había escapatoria. "Es lo que temía", pensó. "Es ella quien lo compró".

Y entonces volvió en sí un poco y se levantó; pero el sudor corría por su cara tan espeso como la lluvia y tan frío como el agua del pozo.

"Kokua", dijo, "te he dicho hoy lo que me ha sentado mal. Ahora vuelvo a divertirme con mis alegres compañeros", y al decir esto se rió un poco en voz baja. "Disfrutaré más de la copa si me perdonas".

Ella se abrazó a sus rodillas en un momento; le besó las rodillas con lágrimas fluyentes.

"¡Oh!", exclamó, "sólo he pedido una palabra amable".

"Nunca pensemos mal del otro", dijo Keawe, y salió de la casa.

El dinero que Keawe había cogido era sólo una parte de la reserva de centavos que habían depositado a su llegada. Era muy seguro que no tenía ganas de beber. Su esposa había dado su alma por él, ahora él debía dar la suya por la de ella; no había otro pensamiento en el mundo para él.

En la esquina, junto al viejo calabozo, esperaba el contramaestre.

"Mi mujer tiene la botella", dijo Keawe, "y, a menos que me ayudes a recuperarla, no habrá más dinero ni más licor esta noche".

"¿No querrá decir que lo de la botella va en serio?", gritó el conramaestre.

"Ahí está la lámpara", dijo Keawe. "¿Parece que estoy bromeando?"

"Así es", dijo el conramaestre. "Pareces tan serio como un fantasma".

"Bien, entonces", dijo Keawe, "aquí tienes dos céntimos; debes ir a la casa de mi mujer y ofrecérselos por la botella, que (si no me equivoco mucho) te dará al instante. Tráemela aquí, y te la compraré por uno; porque esa es la ley con esta botella, que aún debe ser vendida por una suma menor. Pero hagas lo que hagas, no le digas ni una palabra de que has venido de mi parte".

"Amigo, me pregunto si me estás tomando el pelo", preguntó el conramaestre.

"No te hará ningún daño si lo hago", respondió Keawe.

"Así es, compañero", dijo el contraamaestre.

"Y si dudas de mí", añadió Keawe, "puedes intentarlo. En cuanto estés fuera de la casa, desea tener el bolsillo lleno de dinero, o una botella del mejor ron, o lo que te plazca, y verás la virtud del asunto."

"Muy bien, Kanaka", dice el contraamaestre. "Lo intentaré; pero si te estás divirtiendo conmigo, yo me divertiré contigo con un alfiler de sujeción".

Así que el ballenero se marchó por la avenida; y Keawe se quedó esperando. Era casi el mismo lugar donde Kokua había esperado la noche anterior; pero Keawe estaba más decidido y nunca vaciló en su propósito; sólo que su alma estaba amargada por la desesperación.

Le pareció que tenía que esperar mucho tiempo antes de oír una voz que cantaba en la oscuridad de la avenida. Sabía que la voz era la del contraamaestre; pero era extraño lo ebrio que parecía de repente.

A continuación, el propio hombre llegó tropezando a la luz de la lámpara. Llevaba la botella del diablo abotonada en el abrigo; tenía otra botella en la mano, y al llegar a la vista se la llevó a la boca y bebió.

"Lo tienes", dijo Keawe. "Ya lo veo".

"¡Quita las manos!", gritó el contramaestre, saltando hacia atrás.  
"Da un paso cerca de mí y te romperé la boca. Creíste que podías hacerme la puñeta, ¿verdad?"

"¿Qué quieres decir?", gritó Keawe.

"¿Qué quieres decir?", gritó el contramaestre. "Esta es una botella bastante buena; eso es lo que quiero decir. No sé cómo la conseguí por dos céntimos, pero estoy seguro de que no la tendrás por uno".

"¿Quiere decir que no lo venderá?", jadeó Keawe.

"¡No, señor!", gritó el contramaestre. "Pero le daré un trago del ron, si quiere".

"Te digo", dijo Keawe, "el hombre que tiene esa botella se va al infierno".

"Creo que voy a ir de todos modos", respondió el marinero; "y esta botella es lo mejor que he encontrado para ir. No, señor", gritó de nuevo, "esta es mi botella ahora, y puedes ir a pescar otra".

"¿Puede ser esto cierto?" gritó Keawe. "¡Por tu propio bien, te lo ruego, véndemela!"

"No valoro nada de lo que dices", respondió el contramaestre.  
"Creías que era un chato; ahora ves que no lo soy; y ahí se acaba todo. Si no quieres tomar un trago de ron, yo mismo tomaré uno. A tu salud, y buenas noches".

Así que se fue por la avenida hacia el pueblo, y ahí se fue la botella fuera de la historia.

Pero Keawe corrió hacia Kokua ligero como el viento; y grande fue su alegría aquella noche; y grande, desde entonces, ha sido la paz de todos sus días en la Casa Brillante.

# 1. Capítulo 1